

## **Juan 1:1-14**

Sermón Juan 1:1-14 Navidad 2014

“En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la dominaron. Hubo un hombre enviado por Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino un testigo de la luz. La luz verdadera que alumbra a todo hombre venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de él; pero el mundo no lo conoció. A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron. Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre.”  
(John 1:1–14)

Hoy estamos celebrando uno de los días más solemnes, y a la vez gozosos, en la historia del mundo. Hoy, como dice nuestro texto, recordamos el milagro de los siglos, “El verbo se hizo carne”. Se habla nada menos que del hecho de que el mismo Dios eterno, para nuestra salvación, tuvo a bien venir y nacer como un ser humano, todo para lograr nuestra salvación.

Realmente, este acontecimiento es tan estupendo y tan lleno de gracia para todos los pecadores, que merece que meditemos todos los días sobre lo que sucedió en la primera Navidad. Vamos a meditar hoy, entonces, en la encarnación del Hijo de Dios.

Juan comienza su Evangelio con las palabras: “En el principio era el Verbo”. Como más adelante dice que el Verbo se hizo carne, es evidente que es un término que usa para referirse a nuestro Señor Jesucristo. Lo llama el Verbo, o la Palabra, precisamente porque quiere que entendamos que aquel que nació en Belén en la Navidad es el mismo por medio del cual el mundo y todos nosotros fuimos hechos.

No es alguna primera creación de Dios por medio del cual después Dios hizo todas las demás cosas. Nos dice que el Verbo “era Dios”. Al mismo tiempo nos dice que era “con Dios”, distinguiéndolo también de otro que es Dios. Este Verbo, que está con Dios y es Dios, y está allí “en el principio”, antes de la creación, es el verdadero Dios, la Segunda Persona de la Santa Trinidad. Luego nos habla de la actividad de este Verbo en el principio. “Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho”. Hay dos clases de seres existentes, el Creador, y las cosas que son creadas. El Verbo está decididamente en la primera clase. Dice “Todas las cosas”, no todas las otras cosas, “por medio de él fueron hechas”. Para resaltar el hecho sigue diciendo: “y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho”.

De hecho todos nosotros debemos nuestro ser a este Verbo de Dios que nos hizo. En él estaba la vida. Es la fuente de toda vida. Pero la humanidad rechazó la vida en la imagen de Dios con que fue creada, y así se convirtió en tinieblas, muerta espiritualmente. Así Pablo describe la situación natural de toda la humanidad, cuando escribe: “estabais muertos en vuestros delitos y pecados”; y “éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efe. 2:1,3).

Pero el propósito de este Verbo de Dios es restaurar a los hombres la vida verdadera, la vida en comunión con Dios, la vida eterna. Así por medio de sus profetas y otros hizo conocer su luz, su mensaje que es capaz de iluminar el camino a la vida eterna para los hombres. “La vida era la luz de los hombres”. “La luz resplandece en las tinieblas”. Las tinieblas caracterizan al mundo entero bajo la esclavitud del pecado. Pero Jesús envió de antemano a predicadores de la luz. Pero “las tinieblas no la recibieron”. La gran mayoría quedaba en sus tinieblas y su condenación, no creyendo en la salvación que Dios había prometido por medio de su Mesías. Más tarde en este Evangelio Juan escribe: “Y esta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas, pues todo aquel que hace lo malo detesta la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean puestas al descubierto” (Juan 3:19-20).

Y ahora, en la plenitud del tiempo, el Verbo mismo, el Creador, el que estaba con Dios y es Dios, viene a este mundo. Su camino es preparado por Juan el Bautista. Como fiel precursor, él no puso atención especial en su propia persona. Más bien señaló al

Verbo, a Cristo. “Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino un testigo de la luz”. Era tiempo de que Juan apareciera y predicara, porque “La luz verdadera que alumbra a todo hombre venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de él; pero el mundo no lo conoció”. Así Juan daba testimonio, señalando a Jesús como la luz verdadera, como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El propósito de la venida, aunque no el resultado, fue “a fin de que todos creyeran por medio de él”.

Pero lo trágico es que aun así, y aun con el Verbo, su mismo Creador, presente en el mundo sólo buscando la salvación del hombre, los hombres no lo recibieron. “Pero el mundo no lo conoció”. De hecho, aun su propio pueblo, al cual había sido prometido a través de todo el Antiguo Testamento, en su gran mayoría lo rechazó. A pesar de los siglos de preparación, a pesar de ver los milagros y escuchar sus palabras llenas de gracia, terminaron gritando “crucifícale, crucifícale”. ¡Qué tragedia, cuando su mismo Creador, el único que los podía salvar, vino, y no lo querían!

Pero como a través de todo el Antiguo Testamento, también había en el tiempo del ministerio de Jesús un remanente pequeño de verdaderos creyentes. “Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de varón, sino de Dios”. Allí vemos lo que es recibir al Verbo que viene a nosotros. Es creer en él. Es recibirlo con fe. Y la bendición que eso trae es grandiosa. Les da autoridad de ser hechos hijos de Dios. Por medio del Hijo eterno del Padre, venido al mundo para salvar lo que se había perdido, ellos mismos son adoptados en la categoría de hijos de Dios. ¡Que yo, un pobre pecador, sea llamado un hijo de Dios! ¿Qué puede compararse con esto?

Pero ¿cómo es que ellos llegan a este bendito estado cuando tantos rechazan a Jesús y se pierden? Juan responde: “Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de varón, sino de Dios”. No depende de su nacimiento natural, de sus lazos familiares. Los hijos de Dios no se producen por el acto de reproducción de los padres de familia. No nacen naturalmente como hijos de Dios. Más bien, como declara David: “*En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre*” (Salmo 51:5).

Fue necesario otro nacimiento completamente diferente, un nacimiento de Dios. En el capítulo 3 de este Evangelio también escuchamos acerca de esto. *“De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es”* (Juan 3:5–6). Se necesita un nacimiento espiritual, que Dios provee por medio de la palabra y por el sacramento del bautismo. Así que el que creyere y fuere bautizado será salvo.

Pero el gran hecho que creemos para nuestra salvación, y la razón de nuestra celebración hoy, es lo que Juan nos informa en el último versículo de nuestro texto. Allí nos dice: *“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre”*.

El Verbo se hizo carne. ¡Imagínense! El que es el Dios eterno, el que creó el mundo, el que está por encima de todas las criaturas, adopta en su persona la naturaleza de las criaturas que quiere salvar. Se hizo carne. Nació un verdadero ser humano. Se sujetó a las condiciones comunes de la vida de todos nosotros. Tuvo hambre y sed. Estuvo contento y lloró. Sólo había una diferencia. Estuvo sin pecado. Llegó para ser nuestro hermano, con la misma carne y sangre que nosotros.

*“Habitó entre nosotros”*. La palabra tiene la misma raíz como la que se usa para el tabernáculo del Antiguo Testamento. En esa tienda Dios moraba en medio de su pueblo y se comunicaba con ellos. Ahora habría una habitación aún más íntima y una revelación aún más plena de los propósitos de Dios para con la humanidad perdida. Dios habitaría personalmente en medio de su pueblo. En Cristo los hombres podrían ver las intenciones de salvación que Dios tenía para la gente. De hecho, en él, Dios mismo pagaría el precio necesario para la redención de todos los hombres de su pecado y condenación. Verdaderamente en Cristo Dios se revela como *“lleno de gracia y verdad”*. En el capítulo 3 escuchamos: *“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”* (v. 16). Vino al mundo, un mundo lleno de pecado y en abierto rebelión contra él. ¡Qué muestra tan grande de su gracia, de su favor absolutamente inmerecido! Y vino en cumplimiento de promesas que Dios había hecho desde el tiempo de Adán y Eva y a través de todo el Antiguo Testamento. Estupendo evidencia de su verdad, su fidelidad.

Finalmente, dice Juan que “vimos su gloria, gloria como el unigénito del Padre”. En Caná, se oye que Cristo manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él. La mayor manifestación de su gloria fue cuando después de llevar nuestros pecados a la cruz y sufrir y morir allí, resucitó triunfante de la muerte con una victoria para todos los que pongan su fe en él. Y todo comenzó en ese humilde establo en Belén. Todo comenzó con ese pequeño bebé acostado en un pesebre. ¿Cómo no también caer de rodillas y adorarle como los pastores, como los magos después, como el mismo José y María? Allí hay el milagro de los siglos, y todo es hecho por nosotros, para nuestra salvación, para dar a nosotros la vida eterna. Así, verdaderamente, con este niño Cristo, tengan un bendito y feliz Navidad. Amén.